EL DESVÁN

El desván de aquella casa me daba escalofríos. Cuando era niño tenía un pánico atroz a acercarme a aquel lugar. Cada vez que mi abuela subía a por cacharros de cocina, dejaba la puerta abierta mientras estaba dentro. Yo me asomaba, curioso.

La oscuridad se hacía sólida al final de la escalera. Parecía tener vida propia, adueñándose del entorno con negros tentáculos. Muchas veces pensaba que mi abuela no volvería a salir de allí, que *algo* la atraparía y no regresaría jamás.

Me quedaba de pie delante de aquellas lúgubres escaleras de madera, escuchando sonidos metálicos y el rumor de *cosas* arrastrándose. Imaginaba a mi abuela luchando con monstruos indecibles y permanecía con la mirada en el vacío de las escaleras, preparado para salir corriendo ante cualquier aparición fantasmal.

Al rato, una sombra encorvada atravesaba el dintel. La madera crujía bajo sus pies mientras mi abuela descendía lentamente con sus patatas o sartenes. Su paso parecía deliberadamente lento, como si el terror que pasaba no fuera con ella. Al verme allí plantado, con los ojos abiertos e incapaz de pestañear, agitaba la cabeza de un lado a otro y lanzaba un gruñido de desaprobación.

Recuerdo que, en alguna ocasión, mientras mi abuela preparaba la comida o pelaba judías verdes en la cocina, me armaba de valor e intentaba entrar a aquel maldito lugar.

Subir cada escalón resultaba un esfuerzo sobrehumano. Las piernas no me respondían. Era como si mis zapatillas se hubieran convertido en plomo, y levantar el pie para alcanzar el siguiente peldaño hacía que un sudor frío me recorriera la frente.

Desde la cocina llegaban los sonidos de mi abuela trasteando. Aquello me tranquilizaba. Si *algo* aparecía, ella estaba a dos pasos de las terribles escaleras y podía gritar y pedir ayuda.

Entonces miraba hacia arriba.

Hacia las sombras, aquellos entes de vacío que parecían vivos.

Y el terror volvía a atenazarme.

Cerraba los ojos y trataba de hacerme el valiente. Si mi abuela era capaz de subir como si nada, ¿por qué no iba a poder subir yo? Seguro que no había ningún monstruo. Solo eran imaginaciones mías, ¿verdad?

Me lo repetía una y otra vez en mi cabeza.

No hay nada.

No hay nada.

No hay nada.

Y paso a paso, en una ascensión eterna en la que el tiempo parecía dilatarse, llegaba al penúltimo escalón.

Al final de la endemoniada escalera había un pequeño rellano, en el que apenas cabía una persona. A la derecha se encontraba la puerta de madera pintada de un blanco desvaído por la que desaparecía mi abuela. Enfrente había otra habitación. No sé si alguna vez tuvo puerta. Ahora solo era un hueco negro como carbón, separado del rellano por unos andrajosos harapos.

El Centinela.

Así lo llamaba yo.

No recuerdo haber pasado jamás de allí. Aquel pozo a lo desconocido me producía tal terror que era incapaz de moverme. Me limitaba a mirar, intentando vislumbrar algo más allá de aquella oscuridad que parecía envolver el lugar con extremidades viscosas y negras como la pez.

Los harapos se mecían solos, movidos por algún aliento espectral. Hubiera jurado que oía la respiración de *El Centinela* y, si permanecía el tiempo suficiente, llegaba a distinguir el brillo de sus ojos entre los despojos de tela.

Por un momento me pareció oír un sonido al otro lado de la puerta a mi derecha.

Crac.

¡Tap!

Crac.

Entonces las piernas empezaban a tiritar sin que pudiera controlarlas. Notaba una presión en mi pecho como si algo fuera a pasar. Bajaba corriendo sin siquiera darme la vuelta. No fuera a ser que *El Centinela* saliera de su guarida.

Volvía a la cocina con el corazón encogido y me sentaba al lado de mi abuela, temblando y sin articular palabra. Ella me acariciaba la cabeza y lanzaba una mirada al desván, suspiraba y negaba con la cabeza.

Nunca me dijo nada.

Yo lamentaba mi cobardía.

Creo que lo intenté un par de veces más, pero nunca pasé del rellano.

El Centinela siempre me lo impedía.

En la casa ya no vive nadie. Hace años que está deshabitada y no he vuelto desde que mi abuela falleció.

No es algo que haga por gusto.

La casa me provoca una repulsión difícil de explicar. Una parte de mí rechaza todo contacto con ella, pero otra siente una añoranza infantil que trae recuerdos cálidos. Aun así, debo dejarla en las mejores condiciones posibles.

Un comprador iría a verla aquella misma tarde.

Madrugué y cogí el coche para dirigirme al pueblo. El sol empezaba a despuntar en un horizonte desvaído y unas nubes grises como la ceniza se pincelaban contra el amanecer, augurando un día frío de finales de noviembre.

El trayecto apenas duraba una hora, pero, a medida que me acercaba a mi destino, un dolor agudo fue creciendo en mis entrañas hasta hacerlo casi insoportable.

Puse música. La más estridente que encontré, pero parecía sonar en otra dimensión, como un eco lejano. En mi cabeza solo veía la escalera.

Una escalera que subía… subía… subía…

Cientos de peldaños que no dejaban de aparecer según ascendía.

Tuve que girar bruscamente el volante en un par de ocasiones para poder tomar una curva. La imagen era tan intensa que me trasladaba a aquel ominoso lugar y olvidaba que estaba conduciendo.

El sol terminó de romper la noche y me deslumbró, sacándome de mi embeleso. Lo cual agradecí.

El coche se adentró en el pueblo como una sombra vagando en un cementerio olvidado. Las calles estaban desiertas. Me dio la impresión de que la gente temía salir de sus casas y espiaba detrás de cortinas y visillos.

Todo era mentira, por supuesto.

Era mi imaginación haciendo horas extra, devolviéndome miedos que creía enterrados.

Pero la sensación era intensa.

Y real.

Casi paré el coche para comprobarlo, pero no sabía si, una vez bajara sería capaz de continuar hasta la casa de mi abuela.

¿Y si de verdad se estaban ocultando?

Bobadas.

¿Y si había *algo* que desconocía?

Tonterías.

Solo era un pueblo pequeño, olvidado, casi en el límite de la provincia. Apenas lo habitaban unas pocas familias, en su mayoría personas mayores sin ninguna necesidad de madrugar.

Entré en la plaza de la Villa y aparqué junto a los soportales que daban acceso a la casa de mi abuela. El lugar estaba extrañamente vacío y en calma. Antiguamente había sido el centro neurálgico del pueblo, donde se realizaba el mercado de abastos una vez a la semana, pero ahora…

Vi de refilón a una anciana con su delantal observándome desde el quicio de su puerta. En cuanto se percató de que la miraba se metió con prisa y desapareció con un sonoro portazo.

Apagué el motor del coche y me quedé un momento atontado, mirando al frente.

La música seguía sonando a todo volumen, pero yo no la oía.

Tenía miedo.

Notaba su presencia incluso allí, dentro del coche. Las guitarras eléctricas sonaban a mi alrededor y aun así lo sentía: el desván.

Esperándome.

Abrí la puerta y salí. Tuve que agarrarme para no caer. Las piernas no respondieron y se doblaron al tocar el suelo.

¿Pero qué me pasa? Solo es una maldita casa con un estúpido desván. Ya eres un adulto. ¡Compórtate!

Me puse en pie y miré la puerta.

Era vieja, muy vieja. En algún momento estuvo pintada de verde, pero la pintura se encontraba desconchada y apenas quedaban algunos retazos oscuros aquí y allá.

Un metro hacia la izquierda había una ventana con rejas, la única que daba a la plaza.

De pequeño me gustaba subirme al poyete. Entonces no había rejas y, con la ayuda de mi abuelo, trepaba hasta lo que me parecía una gran montaña. Contemplar la plaza de la Villa desde aquella posición era como si me encontrara en la cumbre del Everest.

Fueron momentos felices.

Ahora mis abuelos ya no estaban. No tenía a ningún guardián protector y debía enfrentarme solo a aquella tarea.

Noté una presión en mi mano derecha.

La misma que ejerció mi abuela momentos antes de morir.

Solos los dos en el hospital. Sus ojos desvaídos permanecían fijos en los míos. Parecía intentar decirme algo, pero hacía días que las fuerzas la habían abandonado y con gran esfuerzo apretó mi mano y entreabrió la boca.

No salió ningún sonido.

Le acaricié el rostro, paseé mi mano por su suave pelo blanco, la besé y le dediqué una sonrisa.

Solos los dos, como tantas veces en la casa del pueblo.

Cuando enfermó la trasladé a mi casa, aun cuando mi familia no estuvo de acuerdo. Nunca se quejó. Fue una luchadora hasta el final.

Así era mi abuela.

Por eso, ahora, frente a su casa, me sentía solo y desvalido.

Y muerto de miedo.

Rebusqué en el bolsillo de la cazadora hasta encontrar la llave. Mis dedos tocaron algo frío y duro.

Fue como recibir una descarga eléctrica.

El contacto helado hizo que sacara la mano de inmediato, como si una víbora, oculta allí, me hubiera mordido. La miré y la giré de un lado al otro.

Todo estaba bien.

Negué con la cabeza, volví a meter la mano y agarré la llave con fuerza.

La acerqué, temblando, a la cerradura oxidada.

En mi interior deseaba fervientemente que la puerta no se abriera; que la llave no pudiera girar por el óxido de años, o que el pestillo se rompiera al hacer fuerza.

Entró.

Y giró.

Y la puerta se abrió sola, con un suave gemido.

La luz se coló como un filo dorado, rompiendo la quietud de la casa, y las sombras corrieron a ocultarse por el pasillo. Un fuerte olor a cerrado, a rancio y a olvido se instaló en mi nariz.

Cogí aire y entré.

La primera habitación estaba a la izquierda, a pocos metros de la entrada. La puerta se encontraba entornada y bastó un ligero empujón para abrirla entre lamentos de goznes.

La estancia, dividida en dos partes, había sido una especie de saloncito, aunque nunca se utilizó como tal, y al fondo estaba la habitación de mi abuelo, ahora vacía.

Desplegué los batientes de la estrecha ventana que daba a la plaza y permití que el sol devorara la penumbra.

Me sentí mejor.

La luz era un bálsamo para la casa.

Y para mí también.

Aceleré el ritmo. Había mucho que hacer.

Volví al pasillo y lo recorrí hasta el final, donde estaba el alma de la casa: el cuarto de estar.

Abrí los postigos del enorme ventanal que daba al patio y, cuando la estancia se reveló, una punzada de añoranza me oprimió el pecho.

Casi podía ver a mi abuela deambular por allí, encendiendo la cocina, abriendo el horno de leña o sentada en su butacón, cosiendo.

La habitación era cuadrada, casi diáfana. El suelo era de baldosas, blancas y negras. Enfrente estaba la cocina, formando parte del cuarto de estar y a la derecha había una pequeña despensa. A la izquierda, se encontraba una diminuta habitación con una mesilla y una cama en la que dormía mi abuela, y que compartía conmigo cuando iba de visita.

Me gustaba dormir con ella. Aunque estábamos apretados, el calor de su cuerpo me hacía sentir seguro. Me tumbé un momento, mirando al techo mientras los muelles crujían bajo mi peso.

Crac.

Me incorporé sobresaltado.

Crac, crac.

El sonido venía del piso de arriba, del desván.

Son las maderas, las casas viejas crujen, todo el mundo lo sabe.

Me quedé mirando el techo, esperando oír algo más.

Nada.

Decidí no perder más tiempo y acabar cuanto antes. Salí al pasillo y del baño agarré una escoba, un recogedor de mano y algunos utensilios de limpieza.

Me puse manos a la obra.

La mañana pasó en un suspiro mientras limpiaba el polvo, colocaba cacharros y daba lustre a los pocos muebles que aún quedaban. Fregué las pilas de los lavabos y ventilé todo lo que pude para que el olor a cerrado y moho desapareciera. Al abrir la ventana que daba al patio para que entrara el aire fresco de la mañana, lo volví a escuchar…

Crac.

¿Seguro que eran las maderas al dilatarse?

Craaaac.

Esta vez sonó más fuerte, como si algo se arrastrara sobre madera.

Salí al patio para ver si desde allí podía observar el ventanuco del desván. Pero me topé con un problema: el patio estaba hecho un vergel.

No era muy grande, pero se encontraba asilvestrado. Tuve que salir y coger del coche unas tijeras de podar y unos guantes para acabar con las malas hierbas, que crecían descontroladas por todas partes. Metí los restos en bolsas de basura y las guardé en el maletero para tirarlas después. Cuando hube terminado me encontraba exhausto.

Aproveché y me senté en el comedero de piedra para los animales que antiguamente habitaban el patio y di cuenta del bocadillo que había preparado antes de salir. Comprobé la hora.

Pasaban diez minutos de las cuatro.

El comprador llegaría sobre las siete y quería aprovechar cuanto pudiera la luz del día. Todo estaba recogido y limpio.

Alcé la vista y miré hacia el ventanuco.

Solo negrura.

El desván seguía allí, esperándome.

Me levanté y me adentré de nuevo en la casa.

Una corriente de aire frío descendía por la escalera. Accioné en vano el interruptor de la luz, así que encendí la linterna del móvil y enfoqué al fondo del abismo.

Los escalones aparecieron gradualmente, perdiéndose en lo alto.

Subí lentamente, como lo hacía mi abuela. Cada dos o tres pasos me paraba, intentando captar cualquier cosa, alguna señal para no tener que enfrentarme a mí mismo, al niño que había sido.

Nada.

Solo mi respiración acelerada.

No sé cuánto tiempo tardé en llegar al final. Tenía la impresión de llevar años ascendiendo aquellos peldaños, que cedían bajo mis pies, amenazando con romperse y hacerme caer a un pozo sin fondo.

Cuando conseguí llegar al rellano estaba empapado en sudor.

Miré el reloj: las cinco y cuarto.

¿Había tardado una hora en subir diez escalones?

Enfoqué el móvil hacia abajo. La escalera se perdía en una ligera neblina, como si me encontrara en la cima de una montaña y las nubes ocultaran el fondo.

¿De verdad eran solo diez escalones?

Algo rozó mi espalda.

Sobresaltado, giré de golpe y apunté con la linterna, lamentando no haber cogido ningún utensilio para defenderme.

Nada otra vez.

Solo los andrajos de tela basta donde habitaba *El Centinela*.

No existe. Es solo una invención infantil. Aparta los trapos y verás que está vacío.

Adelanté un pie vacilante, retiré las telas y algo refulgió en la penumbra.

El Centinela ha despertado. Es mi fin, pensé. Cerré los ojos, esperando que una sombra sólida se abalanzara sobre mí y me arrastrara al ignoto vacío más allá de las telas.

Pasaron unos segundos.

No ocurrió nada.

Abrí los ojos y comprobé que el brillo procedía de varias ollas y sartenes almacenadas al fondo. Resoplé aliviado.

Aquel pequeño habitáculo debía haber sido un trastero donde mi abuela guardaba los utensilios de cocina que ya no usaba. Se encontraban unos encima de otros amontonados sin orden aparente. Al fondo se distinguía una desvencijada escalera de mano cuya madera, carcomida por la humedad, subía hasta una pequeña portezuela por la que se colaba una corriente de aire gélido.

No había ningún Centinela.

Salí del estrecho habitáculo sintiéndome más ligero, como si me hubiera librado de una mochila llena de inútiles piedras. Y el miedo se desvaneció. Una sonrisa afloró en mi

rostro y agité la cabeza.

Me eché a reír. Todos aquellos años había vivido dominado por mi propia imaginación, por los miedos de un niño que tenía pánico de la oscuridad y que imaginaba monstruos entre las sombras.

Al final, la realidad colocaba cada cosa en su sitio. Me di la vuelta y encaré la puerta por la que desaparecía mi abuela años atrás. Giré el pomo y la atravesé.

El ambiente en el interior era denso, como cuando se avecina tormenta y la atmósfera es húmeda y calurosa. El ventanuco iluminaba motas de polvo, pequeñas luciérnagas bailando al son de una música imaginaria. De pronto la puerta se cerró de golpe. Me giré dando un salto. Debió ser la corriente que noté en el descansillo.

Avancé por la habitación, sorteando ollas, sartenes, sacos de dudoso contenido, libros con las pastas retorcidas y descoloridos, antiguos arcones de madera para guardar la ropa de temporada y juguetes abandonados hacía años. Entre ellos estaba el coche a pedales que me regalaron cuando tenía pocos años y que me hizo esbozar una sonrisa al intentar meterme en él y comprobar que ya no cabía. También estaba una barquita hinchable, amarilla y blanca, que recordaba haber visto en fotos antiguas, cuando aún era un bebé. Recuerdos de tiempos mejores.

Me iba a costar bastante tiempo sacar todo de allí y dejarlo limpio. No me daría tiempo antes de que llegara el comprador. Si no hubiera sido por mis estúpidos miedos, lo podría haber hecho antes. Abajo tampoco había tanto que recoger.

Aquí sí.

Crac.

Ese sonido otra vez. Estaba allí. Lo había oído muy cerca. Pero… ¿qué lo había producido? Observé el desván detenidamente, cada recoveco, cada sombra.

Algo llamó mi atención. En una esquina hundida en la penumbra, apartada del resto de cosas, había una sábana bordada con unos *curiosos* dibujos. Tapaba un objeto de gran tamaño. Me acerqué. Mis pasos resonaban y el suelo crujía con cada pisada, rompiendo la quietud del lugar. Alargué el brazo desde una distancia prudencial y justo antes de que mis dedos tocaran la tela, *algo* se movió.

Craaaac.

Retrocedí unos pasos, notando que mis piernas empezaban a perder consistencia y con la mirada fija en el montículo informe bajo el blanco lino. Fuera lo que fuese, aquello que había debajo producía aquel desagradable sonido.

Por unos instantes, valoré salir de allí a toda prisa y olvidarme de ello. Dejaría que el comprador decidiera si quería quedarse con lo que había o tirarlo todo.

Enseguida recapacité y miré alrededor. Todo seguía igual. Hasta el momento, mis miedos habían tenido una explicación: el aire gélido que venía de la trampilla, el brillo de las ollas en el rellano… lo que se escondiera allí tendría una explicación *racional*. Agarré la sábana y tiré con fuerza.

Craaaaaaaac.

Las motas de polvo se alborotaron a mi alrededor, bailando como locas alrededor de la sábana.

Craaac.

Era un caballo.

Craac.

Un caballo de madera, de esos antiguos de balancín.

Crac.

Era de color blanco, aunque en algunas partes la pintura había desaparecido, dejando ver la madera agrietada, como si de una herida abierta se tratara. Los ojos y la boca estaban pintados. Las crines y la cola del caballo parecían de pelo real, pero este se encontraba fosco y en muy mal estado y la montura era de cuero marrón, atornillada al cuerpo del equino.

El caballo se balanceaba suavemente, a pesar de que le faltaba la pata delantera derecha, que se encontraba astillada a la altura del carpo. Lo detuve con la mano. Estaba caliente. El sonido cesó.

Miré al animal con detenimiento. Me sonaba que de pequeño lo había visto por la casa, aunque no podía precisar exactamente dónde, ¿en el patio? Quizás era muy pequeño para recordarlo bien, pero estaba completamente seguro de que nunca me subí a él. Entonces… ¿Era mío? ¿Siempre estuvo allí? Puede que fuera de mi abuelo o de la abuela, de cuando eran niños. Desde luego el caballo parecía muy antiguo, de principios del siglo pasado, por lo menos. Lo dejé allí y recorrí el desván de nuevo, valorando si podía llevarme algo ese día y dejar el resto a elección del comprador.

La mayoría eran instrumentos de cocina: antiguas vajillas y cacerolas, en su mayor parte rotas u oxidadas. Había juegos de sábanas y mantelerías llenas de agujeros a causa de las polillas y amarillentas por el paso del tiempo, ropa antigua, juguetes rotos y ninguna joya. Nada de aquello merecía la pena.

Quizá el caballo de madera…

¡CRAAAAAAAAC!

Al girarme el caballo ya no se encontraba en la esquina. Se encontraba más cerca de mí. ¿Lo habría arrastrado yo al quitarle la sábana? No podía ser. Era demasiado pesado como para que se moviera tanto. Y había algo aún más extraño. Parecía más grande. Juraría que antes me llegaba a la cintura, pero ahora, ahora casi me llegaba al pecho. Me acerqué a él con aquellas dudas rondando mi mente. Entonces la cabeza del caballo se arqueó y levantó con un sonido como de piel resquebrajándose hasta que sus ojos pintados se fijaron en los míos.

La impresión hizo que retrocediera. Tropecé con una olla y caí al suelo de culo. Me quedé paralizado. Mi mente se quedó en blanco y, aún así, no podía apartar la vista de

aquella cosa que hasta hacía un momento era un caballito de madera.

Aquello bajó la cabeza de nuevo. La pintura se descascarilló con un raaaaaaaaas semejante a un desgarro. Entonces sus ojos pintados se comenzaron a desvanecer, como si les echaran disolvente, y de las cuencas vacías emergieron unas bolas gomosas de un color blanquecino que pugnaban por salir entre las grietas de la cabeza del caballo. Un *plop*, como cuando se descorcha una botella de vino, precedió a la salida de unos ojos. Pero no eran de caballo. ¡Eran humanos! Giraban de un lado a otro, como febriles, hasta que su alucinada mirada reparó en mi presencia.

Comenzó a agitarse y observé cómo tiraba violentamente para zafarse de las maderas del balancín.

Craaaac, craaaac, craaaac.

Su boca empezó a deformarse y astillarse hasta que se partió, mostrando una amalgama de dientes retorcidos.

Cuando fui consciente de que podía moverme, gateé por el suelo intentando esquivar cada cacharro que me obstaculizaba el paso en busca de la puerta. Escuché un resoplido a mi espalda y noté cómo la temperatura del ambiente subía unos cuantos grados de golpe. Volteé la cabeza y vi cómo la bestia ya tenía un tamaño semejante al de un animal real y había conseguido liberar dos patas del balancín. De sus fosas nasales se escapaba un humo negro y denso que asfixiaba el ambiente.

Alcancé la puerta, pero esta seguía cerrada. Intenté levantarme, con todo el cuerpo temblando, cuando noté en mi espalda el aliento de aquella cosa.

Se había liberado.

Antes de poder reaccionar recibí un fuerte golpe en el costado que me desplazó varios metros, lejos de la puerta.

Quedé tumbado boca arriba, encogido de dolor. El caballo se alzó sobre sus cuartos traseros.

Entonces vi su pata.

Del muñón había brotado una amalgama de tendones carnosos que acababa en una pezuña rosada y purulenta.

Profirió un relincho desgarrador que ningún animal de este mundo sería capaz de producir y que nunca olvidaré. Vi, a cámara lenta, cómo se contraía la musculatura de la bestia. Se preparaba para descargar todo su peso sobre mí, darme el golpe final y dejar mi estómago desparramado por el suelo del desván.

No sé cómo lo logré. Rodé hacia un lado justo antes del impacto. Sentí un latigazo de dolor cuando su espantosa pezuña me rozó la espalda y desgarró mi camisa. Bajo mi cuerpo, el entablado tembló como si sufriera un pequeño terremoto.

En ese momento la puerta del desván se abrió de par en par.

El cuadrúpedo se giró y aproveché la oportunidad para escapar. Me impulsé con las pocas fuerzas que me quedaban y salí corriendo entre jadeos hacia la salida. El caballo embistió, pero falló por poco.

Atravesé la puerta y salí precipitadamente al rellano.

Choqué con *algo*.

Levanté la vista.

No…

No…

No…

Un ser alto, cubierto con un largo gabán gris, me bloqueaba el paso. Un sombrero de ala ancha cubría su cabeza. Bajo él no había rostro, solo una mancha negra en cuyo interior ardían dos ojos imposibles.

Pero no me miraban a mí.

Miraban por encima de mi hombro.

Al interior del desván.

El Centinela.

Ahora sí que estaba perdido. No tenía escapatoria. Intenté revolverme, buscar una salida, pero estaba aprisionado. *El Centinela* me bloqueaba el camino hacia abajo y detrás de mí podía notar el aliento ardiente del caballo en mi nuca.

Una enorme mano enguantada se cerró sobre mi hombro. Durante un instante volví a sentir la mano de mi abuela apretando la mía en aquella habitación de hospital.

De pronto, con fuerza inusitada, me apartó de la puerta, lanzándome detrás de él y haciéndome perder el equilibrio.

Caí rodando escaleras abajo, golpeándome con las paredes y los escalones hasta que toqué el frío suelo de baldosas. Me quedé tendido en el suelo, con el cuerpo atenazado de dolor, viendo cómo *El Centinela*, sin prestarme siquiera atención, se agachaba, produciendo un siseo como de telas rozándose y entraba en el desván. Sonó un fuerte golpe y la puerta se cerró tras él.

Oí aquel relincho demoníaco y fuertes pisadas sobre la madera. Algo cayó y se deslizó por el suelo. Después llegaron voces, susurros en una lengua que no era capaz de comprender. Un golpe seco y, después... el silencio.

La nada.

Seguía tumbado en el suelo, sin fuerzas para moverme, esperando que la puerta se abriera y que saliera *El Centinela*, cuando un ruido ensordecedor que me atravesó los

tímpanos resonó por toda la casa.

Miré escaleras arriba, pero solo pude ver sombras.

El sonido volvió a repetirse, insistente.

Era el timbre.

Me giré con gran dificultad hacia la entrada y vi que estaba ligeramente abierta, seguramente no la había cerrado cuando salí al coche. Intenté gritar, pero apenas me salió un susurro.

—¿Hola? —dijo alguien desde el otro lado.

Me arrastré e intenté ponerme de pie sin éxito.

—¡Sé que llego un poco tarde, ya son más de las siete...! ¿Hola?

Era el comprador.

Carraspeé y puse todas mis fuerzas en gritar.

—¡Aquí! Ayu…

El hombre empujó la puerta y esta se abrió. No le oí, pero pude leer un *Dios mío* en sus labios. Vino corriendo por el pasillo. Cuando llegó a mi lado se asustó al ver mi deplorable estado. Tenía el cuerpo lleno de moratones y la camisa hecha jirones, sucia y manchada de sangre.

—¡Madre del amor hermoso! ¿Qué le ha ocurrido?

Me agarré a su chaqueta y giré la cabeza hacia la escalera.

—No intente moverse. Llamaré a una ambulancia. ¿Se ha caído por las escaleras?

Seguí mirando hacia arriba. Temblando.

El hombre siguió mi mirada.

—¿Qué hay ahí arriba?

Observé las sombras, los peldaños desgastados, los harapos que se mecían suavemente.

—El desván.